

Del pais y sus habitantes

El himno de un pueblo

Costumbres igorrotas en el este de Benguet

Por el Rdo. P. Claerhoudt, Misionero en Bokod, Benguet

XIV

Si-gup, Dosaad

Continuación.

HACÍA algún tiempo que Silang padecía aquella afección de garganta acompañada de una tos seca pero continua, que no cedía a pesar de cuantos remedios le eran aplicados, y el pobre enfermo sentía que le iban dismínuyendo las fuerzas de día en día. Tendido sobre el duro suelo de su mísera choza sentía pasar lentamente las horas, largas e interminables de dolor y angustia. A veces el humo de la lumbre llegaba hasta su alcoba provocándole una tos más fuerte que le ahogaba.... Y así transcurrían los días, tristes y angustiosos para el infeliz enfermo. Ya nada le complacía, nada le interesaba, hasta su inseparable pipa yacía olvidada en un rinconcito de la choza. Pasaba largas horas del

día en el atol, frente a su choza, y allí mientras mascullaba hojas de "boa" y "dawed" dejaba vagar su imaginación por tristes y sombríos paisajes que forjaba su loca fantasía. "Pronto moriré, pronto moriré," repetía el desdichado con tristeza.

Cierto día en que se hallaban juntos Silang y su amigo Malenes, que de vez en cuando hacía las veces de mambunung, abrióle Silang su corazón contándole con franqueza todo cuanto le ocurría.

—Dame un poco de jengibre y sal, díjole Malenes, con eso te untaré el cuerpo mientras te cuento la leyenda del "Sigop" y ya verás como enseguida te pones bueno.

Pidió Silang el jengibre y la sal, y tomándolos Malenes, machacó el jengibre, añadióle la sal y luego

comenzó a frotar el cuerpo del enfermo con la mezcla medicinal.

—Escucha Silang esta leyenda, díjole el curandero.

—Había una vez dos hermanos que iban de pueblo en pueblo vendiendo jengibre y sal.

Cierto día se encontraron con “Adkodow” que vive en un lugar seco, y al verlos Akodow les suplicó le dieran un poco de lo que vendían, pero los hermanos se lo negaron y prosiguieron tranquilamente su camino.

—Si nos pagas, dijéronle a Akodow, te daremos jengibre y sal.

Enfurecióse Akodow, y lleno de ira exclamó:— “Man-ok-ok-kajo.” ¡Infelices! seréis víctimas de la tos!

Efectivamente, acababa casi de lanzarles aquella amenaza, cuando comenzaron a toser atrocemente, y en cuanto llegaron a su casa cocieron tapoei, sacrificaron cerdos, celebraron varios kaniaws en la esperanza de que serían curados, mas la tos no daba indicios de mejoría.

Viendo que sufrían, apiadóse de ellos Kabigat que está en lo alto; y lleno de compasión vino a la tierra para ayudarlos.

Aconsejóles Kabigat que fueran en busca de Akodow y que le pidieran perdón. Así hicieron los hermanos y Kabigat les dijo:— Muy bien, os perdonaré, pero a condición de que me déis un pollo.

Salieron los hermanos llenos de júbilo, cogieron un pollo y fueron presurosos a llevárselo a Akodow. Tomó entonces Akodow el pollo,

rezó, hizo unos cuantos exorcismos sobre él, y concedió a los hermanos el poder de curar la tos, pero encargóles que fuese matado un pollo cada vez que se hiciera la ceremonia y que se le invocara en el rezo.

Sintiéndose ya curados, volvieron gozosos a su casa y enseñaron a muchos lo que habían aprendido de Akodow.

Calló al fin Malenes, y Silang ciñóse la manta alrededor de su misero cuerpo que le escocía por el picante jengibre, y quedóse largo rato en el atol charlando con su amigo Malenes.

—+—

—Mandosaad si Kaisép, dijo Kapit a Sakbut. Iré a ver a Kaisép.

—Ngaranioi sakito? ¿Qué ocurre a Kaisép? inquirió Sakbut.

—Tagwi. No lo sé. ¿Por qué no vienes conmigo a verlo?

Partieron entonces Kapit y Sakbut para “Abwat” donde vivía Kaisép. Cuando llegaron al lugar vieron que ya había algunas personas reunidas alrededor de la casa del pobre Kaisép, mientras que el curandero aplicaba remedios al infeliz enfermo.

—Escucha este relato, dijo el mambunung a Kaisép, y te contaré la leyenda de la medicina que nos dió Kabunian para males de pecho. Cierta día Kabigat, el que vive en la tierra, bajó de los montes en compañía de sus hijos para traficar con la gente del valle. Y

cuando ya hubieron conseguido lo que necesitaban y comprado unos cuantos cerdos, emprendieron el viaje de regreso. Pero como la noche se les venía encima tuvieron que esperar a que rompiera el alba para continuar la jornada, pasando la noche bajo un copudo árbol de "bwaletée."

Kabigat, el que vive en el cielo, vió que Kabigat el de la tierra había pasado una noche bajo el "bwaletée."

Y al día siguiente sintió Kabigat un agudísimo dolor en el pecho y lleno de angustia llamó a sus hijos, quienes creyendo que su padre se moriría comenzaron a llorar.

Kabigat, el que mora en el cielo, se apiadó de ellos y vino a la tierra para ayudarlos.

—Ngaranto inpasing nitan? ¿Qué ocurre?

—Kabigat, tengo un dolor agudísimo de pecho, respondióle Kabigat el de la tierra, anai ensakit i pagowko.

—Sacrifica un cerdo, reza el exorcismo del "dosaad" y serás curado.

Inmediatamente los hijos de Kabigat, el de la tierra, cogieron el cerdo, lo mataron, rezaron el Dosaad después del cual quedó curado su padre.

Y el mambunung, al concluir la leyenda, exclamó: Matad el cerdo.

Acto seguido unos cuantos hombres cogieron el cerdo que es-

taba frente de la casucha de Kaisep y que estaba destinado para el sacrificio, le atravesaron el corazón con una aguda lanza, y el pobre animal cayó muerto en medio de un charco de sangre.

Luego abriéronle y sacáronle el hígado y un pedazo de gordura. Afianzando ambos pedazos en la punta de una lanza los pusieron al fuego para asarlos. Cuando estuvieron ya tostaditos, cogiolos el mambunung y los colocó sobre el pecho del cerdo muerto.

Luego hacha en mano entró en la casucha de Kaisep, y depositóla sobre el pecho del enfermo, mientras que murmuraba la siguiente invocación:

—Venid.

Venid mambunung de los días idos.

Venid y rezad el Dosaad.

Si vosotros lo rezáis desaparecerá la dolencia.

Y en este momento entraron unos cuantos individuos trayendo en una bandeja el hígado y el pedazo de gordura para el enfermo Kaisep.

Esta fué la última ceremonia del Dosaad, y después comenzó el banquete para los que habían participado en las ceremonias.

Y Kaisep quedó convencido de que pronto sanaría porque había sacrificado un cerdo y celebrado el Dosaad, porque había cumplido la voluntad de Kabigat.

(Se continuará)

